

**La filiación mariana de los hijos de Dios.
Un comentario bibliográfico a la doctrina mariana
de san Josemaría Escrivá**

Román Sol Rodríguez
Universidad de Navarra. Pamplona

INTRODUCCIÓN

En una homilía dedicada a la Virgen en su libro *Amigos de Dios*, san Josemaría Escrivá de Balaguer concluía: «Te aconsejo para terminar que hagas, si no lo has hecho todavía, tu experiencia particular del amor materno de María»¹. Este consejo de vida cristiana era algo que el fundador del Opus Dei conocía bien, así había vivido toda su vida y lo había procurado enseñar a otros en su tarea pastoral, comprobando su eficacia en las almas.

Su experiencia del amor materno de la Virgen María comenzó en su misma infancia en Barbastro gracias a la devoción de sus padres. En brazos de su madre, Dolores Albás, cuando apenas tenía dos años, san Josemaría fue llevado a ver a su Madre del cielo en la ermita de Torreciudad, en cumplimiento de una promesa. Poco antes, se había encontrado muy enfermo y su madre lo ofreció a la Virgen para que lo salvase, ya que el médico no daba esperanzas de curación. Y, no obstante ese dictamen, se produjo la curación completa del niño y sus padres no dudaron del favor mariano obtenido.

Esa enfermedad que tal alarma había causado pudo ser una infección aguda. «Con mucha fe venían los padres pidiendo a Dios la curación del hijo. Doña Dolores comenzó, con gran confianza una novena a Nues-

¹ J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios* (Rialp, Madrid 1978) n. 293. En adelante, AD.

tra Señora del Sagrado Corazón; y el matrimonio prometió a la Virgen llevar al pequeño en peregrinación a la imagen que se veneraba en la ermita de Torreciudad, en caso de sanarle»². Realizada la curación, sus padres cumplieron lo prometido y llevaron al niño a la ermita y lo ofrecieron a la Virgen en acción de gracias³.

Este auxilio de la Virgen formaría en la familia una de esas tradiciones que a menudo se recuerdan. En particular, se sabe que su madre se lo contó años más tarde cuando la enfermedad volvía a golpear el hogar de los Escrivá, pues en años sucesivos murieron tres hermanas menores: Rosario, Lolita y Asunción⁴. Ante ese panorama el niño le dijo a su madre: –“Ahora me toca a mí”, y ella le contestó: –“A ti no te pasará nada porque estás ofrecido a la Virgen de Torreciudad”⁵.

Esta confianza en la protección materna de la Madre de Dios ya no iba a abandonarle nunca, y toda la vida de san Josemaría Escrivá estuvo conducida por esta convicción de la poderosa intercesión de la Virgen María. Adquirió de este modo un sentimiento profundo de su filiación mariana, que no solo iba a vivir como experiencia personal sino que también lo iba a dejar escrito para iluminar la conducta de todos los cristianos, para todos los hijos de Dios, que al igual que hizo Jesús saben reconocerse como hijos de María. Por tal motivo, la filiación mariana solo puede en-

² A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. I ¡Señor, que vea! (Rialp, Madrid 1997) 29.

³ Cf. C. ÁNCHEL, “La primera romería de san Josemaría a la Virgen de Torreciudad”, *Scripta de Maria*, serie II, 2 (2005) 497-507. Esa enfermedad pudo ser meningitis, ya que los registros de fallecimientos de ese periodo permiten observar una grave epidemia que se ceba en los niños menores de dos años. Así este episodio podría haber ocurrido en otoño de 1904. En cuanto al momento concreto del viaje, hay que tener en cuenta que, como ese verano –el 15 de agosto– nacería otra hija del matrimonio, Asunción, lo más probable es que la romería de agradecimiento fuera en septiembre de 1905. Y quizá fueron desde Fonoz –donde solían pasar el periodo estival–, en lugar de hacerlo desde Barbastro.

⁴ En cuanto a lo sucedido con sus hermanas fue así: En julio de 1910 falleció Rosario que apenas contaba con nueve meses. A los dos años, en junio de 1912, fue Lolita la que murió con cinco años. Y, finalmente, en octubre de 1913, cuando tenía ocho años, Dios llamó a Asunción. Por ello, en esa sucesión de menor a mayor, comentaba san Josemaría que ahora le tocaba a él.

⁵ «Por su parte, Josemaría dejó testimonio por escrito, en 1930, de su convicción de haber sido curado por la Santísima Virgen: “¡Señora y Madre mía! Tú me diste la gracia de la vocación; me salvaste la vida, siendo niño; me has oído ¡muchas veces!...”» (A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. I, cit., 30). «Entonces, doña Dolores, para darle sosiego, le recordaba cómo la Virgen le había librado de pequeño y cómo le llevaron en peregrinación a Torreciudad. –“No te preocupes, que yo te he ofrecido a la Virgen y Ella cuidará de ti”, terminaba asegurándole» (ibid., 57).

contrarse a partir de la filiación divina. Por todo ello, en este trabajo nos proponemos destacar principalmente cómo vivió en su vida este sentido de filiación mariana y lo que dejó escrito al respecto en sus obras publicadas, así como, al ser un rasgo importante de su espíritu, repasaremos también lo que encontramos que otros han escrito sobre ello subrayando justamente esa relevancia.

1. LA FUENTE DE LA FILIACIÓN MARIANA

Precisamente, el fundamento del espíritu del Opus Dei se encuentra, en palabras de su fundador, en el sentido de la filiación divina. En realidad, es algo propio de toda vida cristiana, aunque a veces no se destaque lo suficiente. De algún modo, dentro del misterio de la salvación, la gran revelación cristiana consiste en que Jesús es el Hijo del Padre y en la encarnación se hace también hijo de María. Esto para sus discípulos supone, junto al reconocimiento de ser hijos de Dios por el bautismo, descubrir también una filiación mariana. Pues la identificación con Cristo que nos lleva a reconocer a Dios como Padre también debe conducirnos a dirigirnos a María como Madre nuestra.

Es tan importante esta cuestión del sentido de la filiación divina del cristiano para san Josemaría que aparece constantemente en su predicación, oral o escrita, y la damos por suficientemente conocida⁶ para pasar directamente a lo que ahora más nos interesa, que es su implicación mariana, aunque aparezcan diversas alusiones a esta filiación divina en las páginas siguientes.

En cuanto al tema específico de la filiación mariana, este ha merecido bastante atención en los estudios dedicados a san Josemaría Escrivá, por ser un aspecto básico de su mariología⁷. No obstante, este es un acercamiento a María con sus limitaciones, ya que vemos lo que nosotros somos para la Virgen, sin que pueda olvidarse que lo principal es lo que Dios ha dispuesto para Ella y, en este sentido, lo fundamental del ser y de la mi-

⁶ Cf. F. OCÁRIZ, “La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer”, en *Naturaleza, Gracia, Gloria*, (Eunsa, Pamplona 2000), 175-221; F. OCÁRIZ, “Filiación divina”, en J. L. ILLANES (coord.), *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* (Monte Carmelo-Instituto Histórico San Josemaría Escrivá de Balaguer, Burgos-Roma 2013) 519-526; y A. ARANDA, “María, hija predilecta del Padre, en las enseñanzas del beato Josemaría Escrivá”, *Estudios Marianos* 66 (2000) 313-342.

⁷ Como puede verse utilizamos el término “mariología” en un sentido amplio, ya que san Josemaría no compuso una mariología en sentido estricto, pero en sus textos sí que puede notarse una doctrina mariana.

sión de la Virgen se encuentra en su maternidad divina, de donde en esencia todo proviene, incluida su maternidad espiritual sobre nosotros⁸.

Esta consideración de la filiación mariana se encuentra recogida en obras generales sobre el espíritu del Opus Dei como la enseñó san Josemaría Escrivá. En particular queremos referirnos en este apartado introductorio a dos obras relativamente recientes: el estudio conjunto de Burkhart y López, *Vida cotidiana y santidad*, en tres volúmenes⁹; y el *Diccionario de San Josemaría Escrivá*¹⁰.

En el volumen primero de *Vida cotidiana y santidad*, se estudia el fin de la vida cristiana en tres capítulos, para los que se emplean tres expresiones utilizadas por el fundador del Opus Dei: “dar gloria a Dios”, “querer que Cristo reine” y “edificar la Iglesia”. En la presentación, al tratar sobre la edificación de la Iglesia, se dice que para esta tarea se cuenta con «la mediación materna de la Santísima Virgen que el cristiano ha recibido por Madre al pie de la Cruz»¹¹.

En cuanto al capítulo tercero sobre “edificar la Iglesia” de este primer volumen, se incluye un apartado con este título “A Jesús por María”¹². Aquí se señala que María edifica continuamente la Iglesia en dos aspectos, como obra de la Trinidad y como tipo de la Iglesia. Después se invita a acudir a la mediación materna de María y la razón se encuentra en que Ella «de algún modo nos engendra a la vida sobrenatural: es madre nuestra en el orden de la gracia»¹³. Por tanto, debemos permanecer unidos a Ella como hijos y también imitarla tomándola como modelo, ya que es ejemplar en la santificación de la vida corriente¹⁴.

⁸ «Todas las fiestas de Nuestra Señora son grandes, porque constituyen ocasiones que la Iglesia nos brinda para demostrar con hechos nuestro amor a Santa María. Pero si tuviera que escoger una, entre esas festividades, prefiero la de hoy: la Maternidad divina de la Santísima Virgen. (...) Por eso Nuestra Señora es Madre del Verbo encarnado, de la segunda Persona de la Santísima Trinidad que ha unido a sí para siempre –sin confusión– la naturaleza humana. Podemos decir bien alto a la Virgen Santa, como la mejor alabanza, esas palabras que expresan su más alta dignidad: Madre de Dios» (AD n. 274).

⁹ Cf. E. BURKHART y J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de San Josemaría: estudio de teología espiritual* (Rialp, Madrid 2010-2013), en particular se aborda la filiación divina en el capítulo 1º del vol. 2º, pp. 24-156.

¹⁰ Cf. J. L. ILLANES (coord.), *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, cit.

¹¹ E. BURKHART y J. LÓPEZ, *Vida cotidiana y...*, vol. 1º, cit., 26.

¹² Cf. *ibid.*, 568-578.

¹³ *Ibid.*, 575.

¹⁴ Por esa relación con María, como escribió en una homilía de *Es Cristo que pasa*, el cristiano se santifica, procura esa identidad con Jesucristo en que consiste la perfección

Al final de este capítulo se dan algunas aplicaciones prácticas sobre todo lo contenido en el volumen, y se termina con una propuesta sobre el trato filial con santa María tomada de una homilía, “Por María hacia Jesús”¹⁵. Para lograr esa meta nos dice allí que podemos inspirarnos en el amor filial a la propia madre, ya que debe quererse a la Virgen con el mismo corazón con el que amamos a nuestros seres queridos.

Por otra parte, la filiación divina se estudia en el volumen segundo que se inicia con un capítulo sobre la condición del cristiano como hijo de Dios, pues —nunca se insistirá bastante en ello— para san Josemaría el sentido de la filiación divina es el fundamento de la vida espiritual¹⁶. Es aquí donde tenemos un apartado tercero, dentro de este capítulo de la filiación divina, en el cual hay un epígrafe con este encabezamiento: “Mi Madre Santa María”¹⁷. En esas páginas se comienza señalando que Jesús nos dio a su Madre en el Calvario¹⁸, y se dice que esta filiación mariana no es distinta de la filiación a la Iglesia. Se intenta mostrar que ambas se complementan, pues de una noción abstracta en la Iglesia se da algo más personal en la Virgen¹⁹.

Por su parte, en el *Diccionario de san Josemaría Escrivá* encontramos dos voces sobre la Virgen: “María Santísima”²⁰ y “Devoción a Ma-

crisiana (cf. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa* (Rialp, Madrid 1973) n. 148. En adelante, ECP); y lleva a otros al Señor (cf. ECP n. 149).

¹⁵ Cf. ECP n. 145.

¹⁶ En este volumen segundo, que consiste en cómo ha de ser el sujeto de la vida espiritual, se ve su perfección como identificación con Cristo y se comenta: «para que se pueda dar esa identificación progresiva, se ha de cultivar el sentido de la filiación divina: todo el espíritu de san Josemaría está empapado de esta sorprendente y gozosa realidad» (E. BURKHART y J. LÓPEZ, *Vida cotidiana* y..., vol. 2º, cit., 27).

¹⁷ Cf., *ibid.*, 138-140. Además de lo que estamos viendo, menciones de la filiación mariana se encuentran dentro de obras sobre la filiación divina en Escrivá. Por ejemplo, podemos observarlo en el libro de F. OCÁRIZ-I. CELAYA, *Vivir como hijos de Dios. Estudios sobre el beato Josemaría Escrivá* (Eunsa, Pamplona 1993); y en F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL y P. BETETA: *Hijos de Dios: la filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá* (Palabra, Madrid 1999) 99-115. El capítulo sexto se titula “Al ser hijos de Dios en Cristo, somos hijos de Santa María”. Se parte de la consideración de que María es la Madre del Hijo, y tiene una especial relación con la Trinidad, así nos lleva a vivir como hijos de Dios, porque recibió esta maternidad espiritual en la Cruz (cf. *ibid.*, 107-110). Y después se pasa a verla como medianera de todas las gracias, ya que media en su papel de Madre.

¹⁸ Cf. ECP n. 171.

¹⁹ Cf. AD n. 293. Lo que ocurre es que esto ya no lo dice san Josemaría, sino sus comentadores. Lo que sí aconseja el fundador de la Obra es hacer la experiencia del amor materno de María.

²⁰ Cf. J. L. BASTERO, “María Santísima”, en J. L. ILLANES (coord.), *Diccionario de...*, cit., 798-807.

ría Santísima”²¹. La voz “María Santísima” está preparada por J. L. Bastero, que fue profesor de mariología en la Universidad de Navarra, y comprende cinco puntos. Estos son: “una vida enteramente mariana”, dedicada a los aspectos biográficos; “una enseñanza mariana de raíz trinitaria”, sobre el fondo teológico de su mariología²²; “la maternidad divina”, como fundamento de la vida de María y de la devoción mariana; “madre de los hombres”, donde entra la filiación mariana; y “la Virgen como ejemplo de virtudes”, para la vida cristiana de los discípulos. En resumen, viene a ser como un pequeño tratado de sus enseñanzas sobre santa María.

En el cuarto apartado se expone que «María ejerce su misión materna prodigándose continuamente en un servicio amoroso con sus hijos»²³. En este punto, sobre el modo de proceder de san Josemaría se dice: «su trato con Nuestra Señora era el de un hijo pequeño que, amando con locura a su Madre, necesitaba su auxilio y protección continuas»²⁴.

La segunda voz de este *Diccionario*, “Devoción a María Santísima”, que viene a continuación, está escrita por Germán Rovira, mariólogo afinado en Alemania y durante muchos años director de la revista *Mariologisches* del instituto de Kevelaer. Y solo incluye dos aspectos: las manifestaciones de su devoción mariana, como el rezo del rosario y el ejercicio de otros actos de piedad marianos; y las coordenadas teológicas de esta devoción. En este segundo campo, se parte de la maternidad divina y se llega hasta la maternidad espiritual, donde se destaca «su condición de madre que cuida de cada uno de sus hijos»²⁵.

Después de la presentación de esos estudios generales, que nos han podido servir de marco para apreciar la relevancia del tema, que solo puede entenderse desde la filiación divina como su fuente, veamos algo de la vida de san Josemaría donde pueda apreciarse su sentido de la filiación mariana.

²¹ Cf. G. ROVIRA, “Devoción a María Santísima”, en *ibid.*, 807-812.

²² A este objeto, se adopta como criterio para desarrollar esta materia una jaculatoria trinitaria y mariana muchas veces repetida por este santo: «Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo».

²³ J. L. BASTERO, “María Santísima”, *cit.*, 806.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ G. ROVIRA, “Devoción a María Santísima”, *cit.*, 811.

2. VIDA MARIANA

La devoción a la Virgen en san Josemaría Escrivá arranca desde su infancia, de la educación cristiana que recibió tanto en su casa como en el colegio, todo ello unido al episodio que ya al inicio de este artículo hemos mencionado sobre el ofrecimiento que hizo su madre cuando se encontraba gravemente enfermo. Por tanto, para obtener una visión más amplia, antes de considerar otros textos, repasemos algunos detalles de su vida que expresan una mariología experiencial apoyada en el sentimiento vivo de sentirse hijo de María.

Un momento especial de su formación se dio en su juventud, por su decisión de hacerse sacerdote. Después de haber iniciado los estudios en el seminario de Logroño, fue a continuarlos a Zaragoza. Una vez allí, como buen aragonés, su devoción a Nuestra Señora del Pilar, que ya tenía, se intensificó y le acompañaría siempre, incluso lo dejó escrito en un artículo póstumo²⁶.

La devoción a la Virgen del Pilar comienza en mi vida, desde que con su piedad de aragoneses la infundieron mis padres en el alma de cada uno de sus hijos. Más tarde, durante mis estudios sacerdotales, y también cuando cursé la carrera de Derecho en la Universidad de Zaragoza, mis visitas al Pilar eran diarias. En marzo de 1925 celebré mi primera Misa en la Santa Capilla. A una sencilla imagen de la Virgen del Pilar confiaba yo por aquellos años mi oración, para que el Señor me concediera entender lo que ya barruntaba mi alma. *Domina!* —le decía con términos latinos, no precisamente clásicos, pero sí embellecidos por el cariño—, *ut sit!*, que sea de mí lo que Dios quiere que sea²⁷.

En estas visitas diarias a la Santa Capilla, además de la oración confiada a la Madre de Dios, practicaba las devociones comunes de todos los fieles, como besar la columna desgastada por los besos de los devotos:

No contento con besar la columna, deseaba acercarse a la imagen. Según cuenta, meses antes se había valido de una treta para conseguirlo, porque no estaba permitido besar el manto con que revestían a la imagen nada más que a los niños o a las autoridades: “Como tenía buena amistad con

²⁶ Cf. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, “La Virgen del Pilar”, *Palabra* 144-145 (1977) 309-312. Cf. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. I, cit., 174-182.

²⁷ J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, “La Virgen del Pilar”, cit., 309.

varios de los clérigos que cuidaban de la Basílica, pude un día quedarme en la iglesia después de cerradas las puertas. Me dirigí hacia la Virgen, con la complicidad de uno de aquellos buenos sacerdotes ya difunto, subí las pocas escaleras que tan bien conocen los infanticos y, acercándome, besé la imagen de nuestra Madre²⁸.

Ya ordenado sacerdote y habiéndose trasladado a vivir a Madrid, otro episodio destacado de su vida mariana coincide con la fundación del Opus Dei. Se encontraba en una residencia de los padres paúles junto a la iglesia de San Vicente de Paúl, hoy la Milagrosa, en la calle García de Paredes de la capital. Estaba haciendo unos días de ejercicios y allí el 2 de octubre de 1928 vio el Opus Dei por gracia de Dios, y esa intervención divina fue acompañada por un repique celeste orquestado por la Virgen desde una iglesia próxima:

Hasta el cuarto del sacerdote en oración llegaba el jubiloso voltear de las campanas de la iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles, en el barrio cercano de Cuatro Caminos. El repiqueteo quedó para siempre en su espíritu: “Aun resuenan en mis oídos —decía en 1964— las campanas de Nuestra Señora de los Ángeles, festejando a su Patrona²⁹”.

En esos años madrileños, san Josemaría iba recogiendo en anotaciones su vida interior, de esas “cuartillas” como le gustaba llamar a esos papeles —que se transformarían en cuadernos de apuntes personales— surgirían textos para ser publicados, el principal sería *Camino*. Pero antes, un día de especial inspiración, escribiría *Santo Rosario*, surgido como oración de un hijo pequeño, embebido de la vida de infancia espiritual, por su estrecho trato con Dios y la Santísima Virgen.

No obstante ese origen y esa temática, en *Santo Rosario*³⁰ no se encuentra demasiado sobre este punto en concreto de la maternidad espiritual. Su redacción tuvo lugar en un día de la novena de la Inmaculada de

²⁸ A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. I, cit., 180-181. Y en ese lugar tan querido y bajo el amparo del manto de la Virgen celebraría su Primera Misa, y allí le pudo dar por primera vez la comunión a su madre, bajo la amorosa mirada de su Madre del cielo (cf. *ibid.*, 188-197).

²⁹ *Ibid.*, 295

³⁰ Cf. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Santo Rosario*, edición crítico-histórica preparada por P. RODRÍGUEZ (director), C. ÁNCHEL y J. SESÉ (Rialp, Madrid 2010).

1931³¹. San Josemaría se encontraba en la sacristía de la iglesia de Santa Isabel, donde ejercía el cargo de capellán de su Patronato, desde pocos meses antes, y se vio movido a escribir esas consideraciones que procedían de su propia vida interior y a la vez podrían ayudar a otros a rezar de modo contemplativo el rosario, por la vía de introducirse en las escenas del evangelio para observar de cerca a Cristo y a su Madre.

En esta obra de corta extensión, con una breve consideración sobre cada misterio, en su prólogo se menciona que el principio del camino para llegar a Nuestro Señor es el amor a María. Este planteamiento, visto desde la infancia espiritual como se expone en el volumen, se podría comparar con lo que sucede con los hijos pequeños en las familias, que mediante la madre llegan al padre, es decir, por María se llega a Dios.

En esos mismos años y utilizando las notas que tomaba de mociones interiores que recibía en su alma —como antes dijimos—, y con el fin de ayudar a hacer oración a las personas que se acercaban a la naciente Obra de Dios, san Josemaría preparó unos puntos de meditación bajo el nombre de *Consideraciones espirituales*, que es el embrión del que poco tiempo más tarde nacería *Camino*, su obra más conocida internacionalmente y de cierta influencia en la espiritualidad contemporánea. En este texto ya abundan las invocaciones a María como Madre.

Desde antes de la Guerra civil española, san Josemaría hacía visitas a santuarios dedicados a santa María. En particular, cabe mencionar una romería a Sonsoles, en las afueras de Ávila en 1935. A partir de ese momento, incorporó el hacer una romería a la Virgen en el mes de mayo a las prácticas de piedad marianas que viven los fieles del Opus Dei. En diciembre de 1937, san Josemaría realizaría la primera visita a un santuario mariano fuera de España y fue en Lourdes, justo después de haber abandonado la zona republicana por Andorra cruzando los Pirineos.

Precisamente, durante esa peligrosa travesía, se dio un episodio donde volvió a contar con el auxilio materno de María. Era un domingo 21 de noviembre y se encontraba con un grupo de fugitivos intentando escapar a la persecución religiosa de la zona roja. Esa noche se preparaban para dormir en Pallerols, en la Baronía de Rialp, dentro de la casa rectoral donde encontraron refugio, cuando san Josemaría sintió una enorme preocupación, pues no sabía si hacía bien al marcharse a Andorra o si debía volver a Madrid. A la mañana siguiente, lunes 22, san Josemaría se levantó y pasó a la iglesia en ruinas que había al lado. Al regresar ya estaba completamente en calma su ánimo, porque ya sabía cuál era la voluntad de Dios que con

³¹ Cf. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. I, cit., 409.

tanto ahínco buscaba, y como signo de esa respuesta recibida portaba entre las manos una rosa de madera estofada, resto de un antiguo retablo destruido, y se dispuso a celebrar la misa.

El Fundador, por humildad, y porque quería apartar a sus hijos de la tentación de soñar en “milagrerías” sin poner el esfuerzo humano para resolver los problemas, no fue tampoco amigo de dar demasiadas noticias sobre la procedencia de aquella rosa de madera: “Es una rosa de madera estofada, sin ninguna importancia –decía a un grupo de hijos suyos en 1961–. Allí, cerca del Pirineo catalán, la tuve por primera vez entre las manos. Fue un regalo de la Virgen, por quien nos vienen todas las cosas buenas. ¡Tantas veces la hemos llamado Rosa Mística!... Pero ya no me acuerdo de aquel suceso: sólo tengo memoria para agradecer al Señor su misericordia con la Obra y conmigo”³².

A partir del año 1946, mons. Escrivá de Balaguer dejó de vivir en España para establecer en Roma la sede central de la Obra y dirigir desde allí su expansión por todo el mundo. Desde la Ciudad Eterna, continuó actuando como hijo de María y el modo visible de hacerlo que conocemos fue desplazándose como peregrino mariano a diversos santuarios, bien italianos, bien en otros países cuando allí se encontraba de viaje.

Por destacar alguna de esas romerías, cabe mencionar la singular relevancia que tuvieron un viaje al santuario de Loreto, donde consagró el Opus Dei a la Virgen, y otro a la basílica de Guadalupe, donde fue para realizar una novena por la Iglesia. Nos fijaremos en estos dos un poco más, aunque siempre allá donde fuera iba en busca de su Madre con mayúscula, como puede observarse en sus viajes apostólicos de los años setenta por la península ibérica y por iberoamérica.

En cuanto al primer episodio señalado, corría el verano de 1951, san Josemaría estaba preocupado por temer que una nueva amenaza podía dañar el proyecto divino sobre la Obra. Recurrió a la oración y a la mortificación, y no sabiendo a quién acudir en la tierra, decidió hacerlo a su Madre del cielo. Para explicar lo que a su entender ocurría utilizó la comparación de un ciego que no puede ver de dónde le viene el ataque y no sabe bien cómo defenderse³³. Por ello viajó a Loreto para consagrar allí el Opus

³² A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. II, *Dios y audacia* (Rialp, Madrid 2002) 194-195.

³³ Cf. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. III, *Los caminos divinos de la tierra* (Rialp, Madrid 2003) 197.

Dei al Corazón Inmaculado de María en la fiesta de la Asunción y dejar que Ella se ocupara de todo³⁴.

Una vez realizada la consagración, regresó contento y recuperó la paz de su alma, con el convencimiento de haber sido escuchado.

Lleno de paz y confianza, don Josemaría hizo nuevas peregrinaciones a diversos Santuarios marianos, para agradecer los beneficios recibidos, renovando la consagración hecha en Loreto. El 21 de agosto fue de peregrino a Pompeya; y el 22 al Divino Amor. En el mes de octubre se llegó a Lourdes el día 6 y celebró allí misa el 7. De Lourdes se fue a Zaragoza, donde se postró a los pies de la Virgen del Pilar el día 9; y, después de atender los apostolados de la Obra en Madrid, visitó a sus hijos de Portugal, renovando la consagración en Fátima el 19 de octubre³⁵.

En los años del posconcilio, ante la difícil situación que atravesaba la Iglesia en muchos lugares, mantuvo ese recurso de acudir a la Virgen en sus santuarios para rezar por las necesidades de la Iglesia, que le causaban un gran sufrimiento. Por ejemplo, se cita en una biografía: «Recorrió varios santuarios de la Virgen en romería de desagravio y de petición por la Iglesia, por el papa y por la Obra. Visitó Lourdes, en Francia; Sonsoles, el Pilar y la Merced, en España; Einsiedeln, en Suiza; y Loreto, en Italia»³⁶.

Buscando todavía hacer algo más, al volver de un viaje a Fátima, vislumbró un paso que todavía podía dar en honor de la Virgen buscando su amparo. Y aquí llegamos al segundo episodio que queríamos subrayar: su romería a Guadalupe.

Regresó a Roma el 20 de abril (1970). Pero no podía contener una fuerza interior, que le impelía a proseguir el peregrinar mariano. Era como una atracción impetuosa que reclamaba su presencia a la vera de Nuestra Señora. El primero de mayo decidió cruzar el Atlántico y presentarse en el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, en México. Si mayores eran las dificultades, mayor aún la muestra de su amor³⁷.

³⁴ «Pero el Padre insistía en que era preciso hacer algo. Una fuerza divina le arrastraba, por “necesidad sobrenatural”, a agarrarse al manto de la Virgen, explicaría luego a sus hijos: “Como no encuentro en la tierra quien *de verdad* y decididamente nos ayude, me he dirigido a Nuestra Madre Santa María”» (ibid., 199).

³⁵ Ibid., 202.

³⁶ Ibid., 574.

³⁷ Ibid., 585.

Una vez allí se dirigió a rezar a la basílica y se postró ante la imagen de María que recibió Juan Diego impresa en su ropa, y que quedó expuesta al ir a mostrar al obispo las rosas que llevaba de parte de la Virgen. En esas circunstancias: «Su oración era insistente, llena de audacia y sencillez filial: “Madre, venimos a Ti; Tú nos tienes que escuchar. Pedimos cosas que son para servir mejor a la Iglesia, para conservar mejor el espíritu de la Obra. ¡No puedes dejar de oírnos! Tú quieres que todo lo que desea tu Hijo se cumpla, y tu Hijo quiere que seamos santos, que hagamos el Opus Dei ¡Nos tienes que escuchar!”»³⁸.

Durante ese viaje, un día al entrar en una habitación, vio un cuadro de la Virgen entregando una rosa a Juan Diego y comentó que así le gustaría morir: mirando a la Virgen y que Ella le entregase una flor. Y se cumplió, como recoge un testigo de su tránsito al cielo: «La última vez que le vi en vida, pocos segundos antes de dejarnos en la mañana del 26 de junio de 1975, puso con ternura la mirada en la imagen de la Virgen de Guadalupe, ¡en Ella!, que ya le esperaba impaciente, para acompañarle en el paso que separa la tierra del Cielo: de la mano de Nuestra Señora entró el Padre en la morada eterna»³⁹.

Para terminar este sucinto recorrido biográfico, queremos volver al mismo lugar del comienzo, a Torreciudad. Ya que, en el periodo final de su vida, san Josemaría se propuso levantar un nuevo santuario a la Virgen que, al tiempo que era un homenaje y acto de agradecimiento a la Virgen, frenase en algo en esos años del posconcilio la pérdida de la fe en regiones de antigua cristianización y sirviera de faro para las almas. Era una respuesta positiva en una situación de crisis, un camino a seguir, como años antes había escrito en *Camino*: «A Jesús siempre se va y se “vuelve” por María»⁴⁰.

En una carta de 1967 dejaba constancia de su propósito. En ella «expone las razones que le movieron a levantar el santuario de Nuestra Señora

³⁸ Ibid., 586-587.

³⁹ J. ECHEVARRÍA, “El amor a María Santísima en las enseñanzas de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer”, Cuadernos MC, num. 19, Mundo Cristiano, Madrid (1978) 13. Con anterioridad, se había publicado en la revista *Palabra* 156-157 (1978) 341-345.

⁴⁰ J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino* (Rialp, Madrid imp. 2012) n. 495. Por tanto, si su vida mariana tiene en sus inicios una estrecha relación con Nuestra Señora de los Ángeles de Torreciudad, donde lo ofreció su madre, los años finales vuelven a tener presente esta advocación de su tierra, ya que decidió construir allí un santuario. Para la historia completa, cf. A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, vol. III, cit. 669-674. «¿Qué le movía al Padre? Ante todo el amor a la Virgen, el hacer de aquel santuario un centro que irradiase devoción mariana, sin olvidar su gratitud personal y la de toda la Obra por los favores recibidos de manos de Santa María» (ibid., 669).

ra de Torreciudad, y lo que de allí esperaba: “Un derroche de gracias espirituales espero, que el Señor querrá hacer a quienes acudan a Su Madre Bendita ante esa pequeña imagen, tan venerada desde hace siglos”⁴¹. En 1970 la imagen se había llevado para restaurar a Madrid, una vez realizada ésta, allí pudo volver a verla san Josemaría, después de tantos años transcurridos.

La única vez que se habían encontrado cara a cara fue en 1904, cuando, siendo niño el Fundador, sus padres le llevaron de Barbastro a la ermita de Torreciudad para ofrecerle a la Virgen, a raíz de su curación. El Fundador pidió perdón en voz alta por tan largo retraso. Sesenta y seis años hacía desde entonces: “¡Perdóname, Madre mía! Desde los dos años hasta los sesenta y ocho. ¡Qué poca cosa soy! Pero te quiero mucho, con toda mi alma. Me da mucha alegría venir a besarte y me da mucha alegría pensar en los miles de almas que te han venerado y han venido a decirte que te quieren, y en los miles de almas que vendrán.

Antes no me daba cuenta, pero ahora me pareces preciosa, ¡guapísima!, y siento la necesidad de decirte que te quiero. Perdóname, pero eres tan Madre que, al verte, en vez de agradecer tu cariño y tu protección, he comenzado por pedir: ya me entiendes. Y ahora te digo otra vez que te quiero con toda mi alma”⁴².

En ese mismo viaje, tras pasar a ver a la Virgen del Pilar en Zaragoza, se dirigió a Torreciudad. A distancia de un kilómetro de la antigua ermita, dejó el vehículo y rezó el rosario. Más tarde, vio las obras de desmonte que se hacían en un emplazamiento algo más elevado que la ermita donde iba a edificarse el santuario. La magnitud de la empresa era notable, y más en ese momento, pero con visión sobrenatural y mucho amor a la Madre de Dios podía lograrse:

Lanzarse a aquella costosa empresa era una locura, pero una locura necesaria; porque ¿de qué medios disponían? Reflexionando en la dificultad de aventurarse en aquel proyecto, con la mente puesta en la Virgen, comentaba el Padre: “Torreciudad: empezamos aquello y, materialmente, sólo contábamos con la imagen de madera; pero, ¡Tú ya sabes, Madre, cómo te queremos, y nos sacarás adelante!”⁴³.

⁴¹ Ibid., 670-671.

⁴² Ibid., 583,

⁴³ Ibid., 673.

Así fue, poco tiempo después en un nuevo viaje, en mayo de 1975, pudo ver las obras bastante avanzadas, pero no terminadas. San Josemaría falleció al mes siguiente y cuando se concluyó el santuario, en julio, la primera misa que se celebró allí fue por el descanso eterno de su alma.

3. ESCRITOS DE SAN JOSEMARÍA

Después de observar cómo san Josemaría Escrivá vivió personalmente la filiación mariana con la exposición de algunos episodios de su vida, estamos en mejores condiciones para leer sus textos sobre esta materia, ya que sabemos que habla de lo que vive y conoce bien por propia experiencia, como suele ser lo habitual en autores espirituales.

Ya mencionamos *Santo Rosario* que, aunque enfocado desde la infancia espiritual, no se detiene a considerar la maternidad espiritual de María. A esa primera obra le siguió la publicación de *Camino*, con la incorporación del trabajo previo realizado en *Consideraciones espirituales*. Gracias a la edición crítico-histórica de *Camino*, realizada por Pedro Rodríguez⁴⁴, tenemos toda la información pertinente sobre su elaboración.

El capítulo 21º de *Camino* lleva por título “La Virgen”. Pedro Rodríguez en la presentación de este capítulo hace abundantes referencias a la filiación mariana, ya que la mayoría de los puntos se dirige a María como a nuestra Madre de los cielos. Así pues, desde el principio la propuesta a amarla es presentada como un amor que se tiene a quien es una verdadera Madre. Esta es la relación personal que quiere establecerse con Ella y que se desarrolla en una vida de oración, pues este es un libro para el diálogo contemplativo. La razón de su maternidad sobre nosotros tiene un fundamento cristológico, que lleva a san Josemaría a decir que la Virgen tiene dos hijos: Jesús y yo, o como aparece en el número 506, Él y tú, dos hijos “enfrentados” en cierto modo, ya que nosotros hemos de cambiar, alejándonos del pecado, para tener la misma vida de Cristo y ser buenos hijos de María.

Los siete puntos iniciales se refieren explícitamente a María como nuestra Madre (nn. 492-498). Vale la pena ver alguno de ellos⁴⁵, pues se invita allí a una seria vida cristiana, donde la proximidad de María ayuda a vencer en las batallas cotidianas:

⁴⁴ Cf. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, edición crítico-histórica preparada por P. RODRÍGUEZ (Rialp, Madrid 2004, 3ª ed. corr. y aum.)

⁴⁵ Estos primeros siete puntos ya estaban en *Consideraciones espirituales* y entre ellos se cuentan algunos de los más conocidos y repetidos como el n. 494: «Sé de María y serás nuestro»; y el n. 495: «A Jesús siempre se va y se “vuelve” por María».

492. El amor a nuestra Madre será soplo que encienda en lumbre viva las brasas de virtudes que están ocultas en el rescoldo de tu tibieza. (...)

497. Di: Madre mía –tuya, porque eres suyo por muchos títulos–, que tu amor me ate a la Cruz de tu Hijo: que no me falte la Fe, ni la valentía, ni la audacia, para cumplir la voluntad de nuestro Jesús.

498. Todos los pecados de tu vida parece como si se pusieran de pie. – No desconfíes. –Por el contrario, llama a tu Madre Santa María, con fe y abandono de niño. Ella traerá el sosiego a tu alma.

En los otros dieciocho puntos restantes del mismo capítulo, el tratamiento es bastante similar, ya que no se abandona el punto de vista filial. Así pues, por la conversación con Ella y el papel de Madre que le corresponde, santa María ejerce su maternidad como intercesora, que es como se presenta en el capítulo, y así nos conduce hasta Jesús, como se ve, por ejemplo, en este otro punto: «¡Madre! –Llámala fuerte, fuerte. –Te escucha, te ve en peligro quizá, y te brinda, tu Madre Santa María, con la gracia de su Hijo, el consuelo de su regazo, la ternura de sus caricias: y te encontrarás reconfortado para la nueva lucha»⁴⁶.

Además de los comentarios de Pedro Rodríguez, sobre este concreto libro, hay dos análisis particulares de la mariología contenida en *Camino*, uno a cargo de José María Escartín y otro de Antonio Orozco, ambos dentro de la misma obra colectiva de *Estudios sobre Camino*.⁴⁷

En el primero, “Devoción y amor a María en *Camino*”, el autor plantea su comentario en relación con el texto mariano de la *Lumen gentium*, donde destaca tres puntos de la devoción a la Virgen que ya se trataban en *Camino*: el reconocimiento de su excelencia como Madre de Dios, el amor filial hacia la que es Madre nuestra y la imitación de sus virtudes⁴⁸.

Así se hace mención de las consecuencias de su maternidad espiritual, donde se habla de nuestro deber de tratarla y de quererla en beneficio propio. Por este motivo, se destaca su labor de Medianera y se indican dos gestos filiales que podemos vivir, que son la confianza en su intercesión y

⁴⁶ *Camino* n. 516. Cf. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, edición crítico-histórica preparada por P. RODRÍGUEZ, cit., 627. Los puntos del capítulo entero son los nn. 492 a 516 y se comentan en las páginas 628 a 654.

⁴⁷ Cf. J. M. ESCARTÍN, “Devoción y amor a María en *Camino*”, en J. MORALES (dir.), *Estudios sobre Camino* (Rialp, Madrid 1988) 319-337; y A. OROZCO, “Aprender en *Camino* el amor a la Virgen”, *ibid.*, 339-358.

⁴⁸ Cf. J. M. ESCARTÍN, “Devoción y amor a María en *Camino*”, cit., 320.

el espíritu de plegaria⁴⁹. Por tanto, se nos habla de una confianza que crece cuando uno sabe hacerse pequeño y, a continuación, se alude al encuentro del amor de Madre y el amor de hijo⁵⁰. El artículo termina con alusiones al culto, prácticas de piedad, devociones; y con la imitación de las virtudes de María: su entrega fiel, su humildad, disponibilidad, obediencia, y espíritu de servicio, es decir, toda una serie de elementos presentes en los puntos de *Camino*.

Por su parte, Antonio Orozco plantea su trabajo desde una perspectiva diferente, ya que prefiere fijarse en la infancia espiritual como clave del amor a la Virgen que se encuentra en *Camino*. La elección de los niños, con su base evangélica en la predicación de Jesús, a juicio de este comentarista puede encontrarse tanto en que son humildes de por sí, por su condición misma de niños, como en su imaginación y en su interés metafísico, mostrado en sus constantes preguntas queriendo saber la razón de todo, por qué esto y por qué lo otro.

Según Antonio Orozco, san Josemaría nos invita a ir cogidos de la mano de María, como de nuestra Madre, para dar los primeros pasos⁵¹. Como ejemplo tomado de su vida se recogen unas palabras del mismo mons. Escrivá:

Tenía una imagen de la Virgen, que robaron los comunistas durante la guerra de España, y que llamaba la Virgen de los besos. No salía o entraba nunca, en la primera Residencia que tuvimos, sin ir a la habitación del Director, donde estaba aquella imagen, para besarla. Pienso que no lo hice nunca maquinalmente: era un beso humano, de un hijo que tenía miedo... Pero he dicho tantas veces que no tengo miedo a nadie ni a nada, que no vamos a decir miedo. Era un beso de hijo que tenía preocupación por su excesiva juventud, y que iba a buscar en Nuestra Señora toda la ternura de su cariño. Toda la fortaleza que necesitaba iba a buscarla en Dios a través de la Virgen⁵².

Sigue Orozco ofreciendo un análisis de esta maternidad de María y como manifestación de ese cariño concreto se fija en las miradas a los cuadros e imágenes de la Virgen, pues como cualquier enamorado que se co-

⁴⁹ Cf. *ibid.*, 324.

⁵⁰ Cf. *ibid.*, 326-329.

⁵¹ Cf. A. OROZCO, "Aprender en Camino...", cit., 344, en relación con *Camino* n. 900.

⁵² *Ibid.*, 348. Esta cita de san Josemaría está copiada a su vez de S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer: apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei* (Madrid, Rialp 1976) 214.

noce por su mirar, a san Josemaría le gustaban todos los retratos de su Madre la Virgen y, por esta razón, se copia de *Camino*: «Cuando te preguntaron qué imagen de la Señora te daba más devoción, y contestaste –como quien lo tiene bien experimentado– que todas, comprendí que eras un buen hijo: por eso te parecen bien –me enamoran, dijiste– todos los retratos de tu Madre»⁵³.

Algo parecido contaba el fundador del Opus Dei a un grupo de universitarios el 15 de noviembre de 1972 en el colegio mayor Guadaira de Sevilla. Estaba en el salón de actos con los residentes y trajo a su memoria un recuerdo de años anteriores en la misma ciudad. Eran los días de la semana santa y miraba embelesado una imagen de la Virgen, «alguien –contaba– me tocó así, en el hombro. Me volví y encontré un hombre del pueblo, que me dijo: –Padre cura, ésta no vale na; ¡la nuestra es la que vale! De primera intención casi me pareció una blasfemia. Después pensé: –Tiene razón; cuando yo enseño retratos de mi madre, aunque me gustan todos, también digo, éste, éste es el bueno»⁵⁴.

Un desarrollo algo más elaborado y completo de su doctrina mariana puede apreciarse en otra de sus obras, *Es Cristo que pasa*, que reúne varias homilías⁵⁵. Además hay otro libro de homilías, *Amigos de Dios*, al que pertenece el texto de “Madre de Dios y Madre nuestra”, cuyo tratamiento mariano es semejante a una de las pertenecientes a *Es Cristo que pasa* y que por ello ya no consideraremos en particular⁵⁶.

⁵³ *Camino* n. 501.

⁵⁴ A. OROZCO, “Aprender en Camino...”, cit., 354. Cf. S. BERNAL, *Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer: apuntes...*, cit., 81-82. Y como le gustaban todos los retratos, al levantar el santuario de Torreciudad se propuso no hacer propaganda alguna, por eso añadió en esa misma ocasión en Sevilla: «En un rincón de Aragón estamos levantando un gran santuario a la Virgen. Amo tanto a Nuestra Señora, que no haré ninguna propaganda de la Virgen de Torreciudad, ninguna (...). Porque amo todos los retratos de mi Madre, todas las imágenes de la Virgen» (ibid.)

⁵⁵ Al igual que sucede con *Santo Rosario* y *Camino*, ahora podemos servirnos de una edición comentada: cf. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, edición crítico-histórica preparada por A. ARANDA (Rialp, Madrid 2013).

⁵⁶ Así pues, “Por María hacia Jesús” coincide en su temática con esta de *Amigos de Dios*, la titulada “Madre de Dios y Madre nuestra”: «En la homilía de *Amigos de Dios*, el punto de mira –insistimos en la levedad de los matices– es más cristológico y la acentuación más individual: María es Madre de Cristo y Madre de cada uno de los que somos, por la gracia, otro Cristo. Cabría condensar su intencionalidad en esta frase: “Te aconsejo para terminar que hagas, si no lo has hecho todavía, tu experiencia particular del amor materno de María”. En cambio en la que ahora estudiamos su enfoque es más eclesiológico» (ibid. 714).

En el volumen de *Es Cristo que pasa*, que sigue el año litúrgico, son dos las homilias marianas presentes: una es “Por María hacia Jesús”, encuadrada en el mes de mayo, y la otra es “La Virgen Santa, causa de nuestra alegría”, dedicada a la Asunción de María a los cielos. Sobre sus respectivos enfoques, Aranda señala:

En la primera, si queremos expresarlo en términos teológicos, san Josemaría aborda de manera más directa la consideración de la *misión maternal* (Madre de Dios y Madre de los hombres) para la que ha sido escogida María, bajo cuyo amparo somos conducidos al encuentro de su Hijo. En la segunda, en cambio, (...) se detendrá más bien en la contemplación de la santidad de la Virgen, no tanto en su plenitud del Cielo cuanto, principalmente, en su admirable caminar en la tierra –en el ámbito de su existencia cotidiana junto a Jesús–, que hace de Ella Maestra de la que aprender y Modelo al que imitar⁵⁷.

Por tales razones nos limitaremos al comentario de la primera, ya que la otra no aborda nuestro tema. Gracias a esta edición crítica sabemos que san Josemaría preparó el texto de “Por María hacia Jesús” entre marzo y abril de 1969 y que lo envió a España para su publicación, aunque en el texto mecanografiado se hace constar bajo el título: «homilía pronunciada el 4 de mayo de 1957». Inicialmente, la petición se había formulado por la revista *Telva*, pero esta homilía apareció publicada por primera vez en la revista *Ama*, n.º 227, en mayo de ese año de 1969⁵⁸.

En el comentario que hace Aranda se destaca la constante referencia a la maternidad espiritual de la Virgen, además se señala el origen de su título en la tradicional jaculatoria que reza *ad Iesum per Mariam*, que obtuvo una gran difusión a partir de san Luis M^a Grignon de Montfort y la consagración a María como medio para pertenecer por completo a Cristo.

En definitiva, las grandes líneas trazadas en la homilía son para este comentarista: «Así, pues, encontramos un hilo de fondo formado por un doble aspecto. La contemplación y constante referencia a la maternidad espiritual de María, permite acercarse más conscientemente –y con más provecho– a una dimensión central del misterio de la Iglesia: su dimensión fa-

⁵⁷ Ibid.

⁵⁸ Cf. *ibid.*, 711-712.

miliar y fraterna, en cuanto comunión en Cristo, por el Espíritu, de los hijos de Dios»⁵⁹.

Algunas frases de “Por María hacia Jesús” nos pueden dar una buena idea del modo que propone san Josemaría de acercarse a nuestra Madre y estas podrían ser: «Cada uno de vosotros, al evocar su propia vida y ver cómo en ella se manifiesta la misericordia de Dios, puede descubrir mil motivos para sentirse de un modo muy especial hijo de María»⁶⁰. Y esta otra: «Es Dios quien nos ha dado a María, y no tenemos derecho a rechazarla, sino que hemos de acudir a Ella con amor y con alegría de hijos»⁶¹.

En cuanto al argumento teológico para reconocer a María como Madre de los hombres, san Josemaría lo encuentra en toda su vida asociada a su Hijo Jesús, pues escribe:

Desde aquel año de 1935, en numerosas y habituales visitas a Santuarios de Nuestra Señora, he tenido ocasión de reflexionar y de meditar sobre esta realidad del cariño de tantos cristianos a la Madre de Jesús. Y he pensado siempre que ese cariño es una correspondencia de amor, una muestra de agradecimiento filial. Porque María está muy unida a esa manifestación máxima del amor de Dios: la Encarnación del Verbo, que se hizo hombre como nosotros y cargó con nuestras miserias y pecados. María, fiel a la misión divina para la que fue criada, se ha prodigado y se prodiga continuamente en servicio de los hombres, llamados todos a ser hermanos de su Hijo Jesús. Y la Madre de Dios es también realmente, ahora, la Madre de los hombres⁶².

⁵⁹ J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, edición de A. ARANDA, cit., 717-718. La división en cinco apartados de la homilía da buena razón de su contenido: 140-141 Madre de Cristo, Madre de los cristianos; 142 tratar a María; 143-144 hacerse niños en el amor a Dios; 145-146 María nos hace sentirnos hermanos; y 147-149 ser apóstol de apóstoles.

⁶⁰ ECP n. 140d.

⁶¹ ECP n. 142h.

⁶² ECP n. 140a (la mención expresa del año 1935 hace referencia a una concreta romería que hizo al santuario de Sonsoles, en las afueras de Ávila, y que ha mencionado anteriormente). En particular, Escrivá se refiere a la escena del Calvario, donde somos invitados a colocarnos en el puesto del apóstol Juan: «Juan, el discípulo amado de Jesús, recibe a María, la introduce en su casa, en su vida. Los autores espirituales han visto en esas palabras, que relata el Santo Evangelio, una invitación dirigida a todos los cristianos para que pongamos también a María en nuestras vidas. En cierto sentido, resulta casi superflua esa aclaración. María quiere ciertamente que la invoquemos, que nos acerquemos a Ella con confianza, que apelemos a su maternidad, pidiéndole que se manifieste como nuestra Madre» (ECP n. 140c).

Por ello, entiende que resulta tan asequible acudir a la Virgen: «De una manera espontánea, natural, surge en nosotros el deseo de tratar a la Madre de Dios, que es también Madre nuestra. De tratarla como se trata a una persona viva: porque sobre Ella no ha triunfado la muerte, sino que está en cuerpo y alma junto a Dios Padre, junto a su Hijo, junto al Espíritu Santo»⁶³.

Para seguir este camino de filiación mariana, que a nadie debería resultar difícil, san Josemaría pone una sencilla comparación, que parte de la idea de que tenemos un solo corazón para querer:

De esa cordialidad, de esa confianza, de esa seguridad, nos habla María. Por eso su nombre llega tan derecho al corazón. La relación de cada uno de nosotros con nuestra propia madre, puede servirnos de modelo y de pauta para nuestro trato con la Señora del Dulce Nombre, María. Hemos de amar a Dios con el mismo corazón con el que queremos a nuestros padres, a nuestros hermanos, a los otros miembros de nuestra familia, a nuestros amigos o amigas: no tenemos otro corazón. Y con ese mismo corazón hemos de tratar a María⁶⁴.

Y se pregunta: «¿Cómo se comportan un hijo o una hija normales con su madre? De mil maneras, pero siempre con cariño y con confianza»⁶⁵. Así que cada uno debe aplicarse en vivir detalles de cariño inspirados en la vida diaria de una familia. Por tanto, en esta línea de pensamiento, lo único que puede acabar con este amor, como con cualquier otro, es el egoísmo:

⁶³ ECP n. 142a. En este lugar, sobre cómo “Tratar a María”, esta edición crítico-histórica contiene una relación bastante exhaustiva del apelativo Madre en los escritos de san Josemaría (cf. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, edición de A. ARANDA, cit., 735).

⁶⁴ ECP n. 142d.

⁶⁵ ECP n. 142e. Una jaculatoria especialmente querida a estos efectos por san Josemaría fue *Monstra te esse Matrem*, que procede del himno litúrgico *Ave maris stella*. Sobre este punto comenta Antonio Aranda: «En determinadas épocas de su vida, esa apelación, llena de confianza en la maternidad de la Virgen, adquirió particular intensidad; también es sus últimos años, marcados por las urgentes necesidades pastorales de la Iglesia y las dificultades para alcanzar la forma canónica definitiva del Opus Dei. En ese contexto, en el Santuario de Guadalupe (México), en 1970, elevaba a la Virgen esta oración: “Ahora sí que te digo con el corazón encendido, *Monstra te esse Matrem!* Y no me contestes Tú: *monstra te esse filium!*; pues, aunque tengo conciencia de mi poquedad, ya no sé qué más puedo hacer. Si puedo algo, ¡dilo, dilo!, y lo cumpliré con tu ayuda, porque solo no soy capaz”» (J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Es Cristo que pasa*, edición de A. ARANDA, cit., 730).

Porque María es Madre, su devoción nos enseña a ser hijos: a querer de verdad, sin medida; a ser sencillos, sin esas complicaciones que nacen del egoísmo de pensar sólo en nosotros; a estar alegres, sabiendo que nada puede destruir nuestra esperanza. El principio del camino que lleva a la locura del amor de Dios es un confiado amor a María Santísima. Así lo escribí hace ya muchos años, en el prólogo a unos comentarios al santo rosario, y desde entonces he vuelto a comprobar muchas veces la verdad de esas palabras⁶⁶.

Después, san Josemaría desarrolla en esta homilía el aspecto eclesiológico, basado en el querer a todos como hermanos, manifestación de la caridad fraterna:

Cuando somos de verdad hijos de María comprendemos esa actitud del Señor, de modo que se agranda nuestro corazón y tenemos entrañas de misericordia. Nos duelen entonces los sufrimientos, las miserias, las equivocaciones, la soledad, la angustia, el dolor de los otros hombres nuestros hermanos. Y sentimos la urgencia de ayudarles en sus necesidades, y de hablarles de Dios para que sepan tratarle como hijos y puedan conocer las delicadezas maternas de María⁶⁷.

En consecuencia, debemos realizar un extenso apostolado dando a conocer esta verdad tan grande:

Sed audaces. Contáis con la ayuda de María, *Regina apostolorum*. Y Nuestra Señora, sin dejar de comportarse como Madre, sabe colocar a sus hijos delante de sus precisas responsabilidades. María, a quienes se acercan a Ella y contemplan su vida, les hace siempre el inmenso favor de llevarlos a la Cruz, de ponerlos frente a frente al ejemplo del Hijo de Dios. Y en ese enfrentamiento, donde se decide la vida cristiana, María intercede para que nuestra conducta culmine con una reconciliación del hermano menor –tú y yo– con el Hijo primogénito del Padre⁶⁸.

En el siguiente libro que podemos citar de san Josemaría, *Via Crucis*, también encontramos algún elemento relacionado con nuestro tema. Por ejemplo, en la cuarta estación, Jesús encuentra el consuelo de su Madre

⁶⁶ ECP n. 143d.

⁶⁷ ECP n. 146c.

⁶⁸ ECP n. 149c.

en el camino del Calvario, y san Josemaría lo aplica a nuestros momentos de dificultad en la vida, invitándonos a actuar como un niño pequeño con su madre en quien tiene total confianza.

Ha esperado Jesús este encuentro con su Madre. ¡Cuántos recuerdos de infancia!: Belén, el lejano Egipto, la aldea de Nazaret. Ahora, también la quiere junto a sí, en el Calvario.

¡La necesitamos!... En la oscuridad de la noche, cuando un niño pequeño tiene miedo, grita: ¡mamá!

Así tengo yo que clamar muchas veces con el corazón: ¡Madre!, ¡mamá!, no me dejes⁶⁹.

La presencia de María vuelve a adquirir cierto protagonismo en la penúltima estación, cuando recibe el cuerpo muerto de su Hijo al bajarlo de la cruz. La propuesta de san Josemaría es que estemos a su lado en ese momento de gran dolor de nuestra Madre como corresponde a buenos hijos.

Entre los dos toman el cuerpo de Jesús y lo dejan en brazos de su Santísima Madre. Se renueva el dolor de María.

—¿A dónde se fue tu Amado, oh la más hermosa de las mujeres? ¿A dónde se marchó el que tú quieres, y le buscaremos contigo? (Cant V,17).

La Virgen Santísima es nuestra Madre, y no queremos ni podemos dejarla sola⁷⁰.

4. ESTUDIOS SOBRE LA DOCTRINA MARIANA DE SAN JOSEMARÍA

Para completar esta parte de fuentes, después de ese repaso de los escritos mismos de san Josemaría (con algún ensayo específico al respecto), pueden verse algunos artículos que se refieren en general a la devoción

⁶⁹ J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Via Crucis* (Rialp, Madrid 1981) IV estación, n. 3. En adelante, VC.

⁷⁰ VC XIII estación. Este comportamiento de prestar nuestra compañía se completa con el ejercicio de la virtud de la fidelidad: «Si quieres ser fiel, sé muy mariano.

»Nuestra Madre —desde la embajada del Ángel, hasta su agonía al pie de la Cruz— no tuvo más corazón ni más vida que la de Jesús.

»Acude a María con tierna devoción de hijo, y Ella te alcanzará esa lealtad y abnegación que deseas» (VC XIII estación, n. 4).

mariana del fundador del Opus Dei, ya que fue una realidad muy manifiesta durante toda su vida. Empezamos por los escritos de sus dos más estrechos colaboradores: Álvaro del Portillo y Javier Echevarría.

El beato Álvaro del Portillo fue su más cercano apoyo durante varios decenios y su primer sucesor en el Opus Dei. Sobre el tema mariano en san Josemaría nos ofrece varios textos, donde se presenta a menudo como testigo fidedigno de lo relatado.

Primero tenemos sus recuerdos reunidos en *Entrevista sobre el fundador del Opus Dei*⁷¹. Precisamente, el capítulo décimo está dedicado a “Devociones”. Al citar la jaculatorias que empleaba san Josemaría, se mencionan algunas marianas, como la sencilla invocación: «Monstra te esse Matrem» o «Madre, Madre mía»⁷².

La devoción a la Virgen aparece en las páginas siguientes⁷³, donde se destaca el gran amor que le tenía, pues mons. Escrivá sabía unir una profunda base teológica con los pequeños detalles cotidianos, como pone de manifiesto su cuidado en aspectos del culto, o el saludo a las imágenes de María Santísima que hacía colocar en las habitaciones. Y se termina aludiendo al ejemplo ya referido de la edificación del santuario de Torreciudad.

En segundo lugar, en la producción del beato Álvaro hay algunas homilías recogidas en libro, bajo el título *Una vida para Dios*, todo él con consideraciones sobre la vida santa de mons. Escrivá. La primera homilía que llama nuestra atención lleva un título suficientemente expresivo de su contenido: “Lecciones de amor a la Virgen”⁷⁴.

En ella, Álvaro del Portillo recuerda, por ejemplo, haber visto a san Josemaría acudir con confianza a la intercesión de la Virgen considerada como trono de gloria para alcanzar misericordia, al modo de una jaculato-

⁷¹ Cf. A. DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el fundador del Opus Dei*, realizada por C. Cavalleri (Rialp, Madrid 1993).

⁷² Cf. *ibid.*, 163-167.

⁷³ Cf. *ibid.*, 168-171. Además, se citan algunos episodios de devoción filial mariana de san Josemaría que le contó, como el siguiente: «Y comencé mi meditación. Pues bien: entre seis y media y siete menos cuarto vi, durante bastante tiempo, como el rostro de mi Virgen de los Besos se llenaba de alegría, de gozo. Me fijé bien: creí que sonreía, porque me hacía ese efecto, pero no se movían los labios. Muy tranquilo, le he dicho a mi Madre muchos pipos» (*ibid.*, 224).

⁷⁴ Cf. A. DEL PORTILLO, “Lecciones de amor a la Virgen”, en *Una vida para Dios: reflexiones en torno a la figura de monseñor Escrivá de Balaguer: discursos, homilías y otros escritos* (Rialp, Madrid 1992) 247-252.

ria⁷⁵, a partir de un versículo de la epístola a los Hebreos (4,16). Establecía esa relación ya que aplicaba a la Virgen la conclusión de la carta a los Filipenses (4,8), que la hace merecedora de alabanza: «se debe predicar de Ella –de María, *nunquam satis*–, porque Dios la ha exaltado a tal nivel de gloria que los ángeles se asombran, y toda realidad conocida se muestra inadecuada para expresar su grandeza»⁷⁶.

Otra de esas lecciones marianas aprendidas del fundador de la Obra consiste en la invocación continua a la Virgen. Nos dice mons. del Portillo: «El Padre, en efecto, no descuidaba ninguna ocasión para dejar que, de la abundancia del corazón, aflorase a sus labios el nombre de María, ayudándonos a reconocer su providente y maternal ternura, y las señales de su protección inequívoca en toda circunstancia y ocasión»⁷⁷. Después evoca varios momentos de la vida de la Virgen, donde se aprecia sobre todo su condición de modelo de virtudes.

El segundo texto que empleamos de este libro es: “Con María, por las sendas de la fe”⁷⁸. Se trata de otra homilía y el beato Álvaro hace mención del sentido de la filiación divina que vivía san Josemaría, pues «era la raíz y fuente de su unidad de vida»⁷⁹, y de aquí llega a la filiación mariana:

Cada uno de nosotros es hijo de Dios, unido a Cristo por el Bautismo y vivificado por su Cuerpo y por su Sangre en la Eucaristía, que nos hace crecer interiormente y que nos identifica con Él. Este título nos hace también hijos de María, Madre de Jesús. El mismo Señor nos lo hizo saber en la Cruz, cuando, dirigiendo su mirada a la Santísima Virgen, dijo a cada uno de nosotros: *he aquí a tu Madre*. Por esto, la devoción a Nuestra Señora, el trato filial con María, no es algo infantil, sino característica propia de personas maduras que se saben hijos pequeños delante de Dios y de la Virgen⁸⁰.

⁷⁵ Cf. *ibid.*, 247.

⁷⁶ *Ibid.*, 248.

⁷⁷ *Ibid.*

⁷⁸ Cf. A. DEL PORTILLO, “Con María, por las sendas de la fe”, en *Una vida para Dios...*, cit., 253-257.

⁷⁹ *Ibid.*, 254.

⁸⁰ *Ibid.*, 255. Y para reforzar la unidad de vida que brota del sentido de la filiación divina invitaba a intensificar la devoción a la Virgen, por ejemplo, con el rezo del santo Rosario, pidiendo con el papa por la recristianización de Europa, que ha confiado a su intercesión. En el mismo libro todavía se recoge una tercera homilía de tema mariano, “Bajo el manto

En cuanto a Javier Echevarría, segundo sucesor de san Josemaría en el Opus Dei, y que también estuvo en Villa Tevere, sede central de la Obra en Roma, junto al fundador durante bastantes años, y después al lado del beato Álvaro. Para empezar, al igual que ocurría con mons. del Portillo, se pueden ver sus recuerdos a partir de una entrevista: *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*⁸¹. En el capítulo tercero hay un apartado dedicado a la Trinidad del cielo y la trinidad de la tierra, y en esas páginas a las que pertenece el siguiente texto se menciona el amor a María como Madre:

En 1970, mientras hacíamos una novena a la Villa de Guadalupe en México, nos dijo que recordaba con perfecta claridad la primera vez que acudió a la Virgen teniendo conciencia de que rezaba y se dirigía a Ella. Lleno de piedad filial, nos invitó a cada uno a hacer lo mismo: evocar ese primer encuentro para pedir a nuestra Madre, con aquella inocencia y seguridad, por lo que llevábamos en el alma y en el corazón, recurriendo al auxilio de María, omnipotencia suplicante. Tenía dos o tres años, cuando comenzó a invocar a la Virgen en la Catedral de Barbastro, delante de la imagen de la Dormición.

Me aconsejó una devoción que vivía: besar con cariño la frente de una imagen de nuestra Madre del Cielo, y con piedad de hijo decirle: “ven conmigo”. En más de una ocasión, pasaba los ratos que podía llamando continuamente a la Virgen: “¡Madre, Madre, Madre mía!” Y, lleno de confianza, abandonaba en sus manos las necesidades de la Iglesia y de las almas⁸².

Además de esas memorias, de Javier Echevarría también tenemos un artículo expresamente dedicado a la doctrina mariológica del fundador del Opus Dei titulado “El amor a María Santísima en las enseñanzas de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer”.

El artículo se compone mayoritariamente de los recuerdos atesorados durante los años que el autor conoció a san Josemaría. Incluso enmarca lo que aprendió de él sobre este tema con dos episodios marianos, uno del primer día que lo conoció y otro del día de su deceso. Sobre el primero nos cuenta que fueron a Molinoviejo, una casa de retiros que estaba en construcción, y juntos entraron a ver el oratorio donde algunos fieles de la

de María”, aunque no contiene aspectos marianos filiales de san Josemaría (cf. A. DEL PORTILLO, “Bajo el manto de María”, en *Una vida para Dios...*, cit., 193-197).

⁸¹ Cf. J. ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá*, entrevista con Salvador Bernal (Rialp, Madrid 2000).

⁸² *Ibid.*, 253.

Obra realizaban algunas pinturas de su decoración. San Josemaría saludó a la imagen de la Virgen recién pintada en el retablo y después:

Se acercó a la sillería y, con el tono de quien lanza el piropo más limpio y más sentido, fue leyendo las distintas alabanzas que a Nuestra Señora se le dedican, grabadas con adornos en los respaldos de los asientos corridos. Sin percatarnos cómo, pienso que cada uno de los presentes se iba uniendo interiormente a aquel diálogo encendido, entre el hijo agradecido y la Madre más generosa. Así discurrió siempre el modo de actuar del Padre: enseñar, haciendo; y enseñar, cogido fuertemente de la mano de Santa María⁸³.

El segundo episodio, con el que se cierra el arco temporal del tiempo que vivió acompañando a san Josemaría, fue con ocasión de su fallecimiento inesperado en Roma, al entrar en la habitación de trabajo y saludar a la imagen de la Virgen de Guadalupe que había en ese cuarto. Tal circunstancia le sirve para traer a la memoria lo ocurrido en México a la vista de un cuadro de Nuestra Señora de Guadalupe, y que hemos citado en la parte biográfica, cuando san Josemaría expuso que así le gustaría morir, mirando a la Virgen y que Ella le entregara una flor.

En el artículo se destaca cómo san Josemaría cumplió lo escrito en el prólogo de *Santo Rosario*, aquello de que “el principio del camino que lleva a la locura del Amor de Dios es un confiado amor a María Santísima”. Por ello, apunta Echevarría: «No era posible oírle hablar de la Madre de Dios sin quedarse removidos o, al menos, convencidos de que la amaba con locura. En sus palabras se unían una piedad filial, que desarmaba toda resistencia, y una sabiduría teológica, que atraía por la fuerza convincente de su luz»⁸⁴.

Al mencionar que Ella es la obra maestra de Dios, prosigue: «es la criatura que más ha tratado a la Trinidad, con un trato que dispuso su corazón para ser Madre de toda la humanidad, y para ocuparse de cada uno como si sólo cada uno de nosotros existiera para Ella»⁸⁵. Así vio hacerlo al fundador de la Obra para sí y, al tiempo, fue testigo de su empeño en transmitirlo a cuantos se le acercaban. Es semejante a lo que hemos visto escrito en los puntos de *Camino*.

⁸³ J. ECHEVARRÍA, “El amor a María Santísima en...”, cit., 13.

⁸⁴ Ibid., 17.

⁸⁵ Ibid., 18.

María, que en su limitación humana ha abarcado con su amor a la Trinidad, es una Madre que vuelca su cariño en nosotros. Por eso el Padre gozaba repasando, meditando, cantando y predicando las características de ese amor maternal: que no tiene en cuenta nuestros desafectos, en cuanto acudimos a Ella; que perdona por adelantado; que no nos considera egoístas, aun cuando la busquemos sobre todo en las dificultades; que nos entrega a su Hijo, para que nos acerquemos de una vez a la verdadera felicidad⁸⁶.

Para seguir en este apartado dedicado a los estudios específicos sobre la mariología de san Josemaría, merecen todavía ser destacados otros trabajos. En este sentido, un lugar principal –por su amplitud, abundancia de citas y profundidad– corresponde a *La Virgen María en los escritos de San Josemaría Escrivá de Balaguer*, de Federico Delclaux⁸⁷.

Por el modo de organizar los temas, en este libro Delclaux no trata nuestra materia de modo sistemático, aunque las alusiones son muchas en diferentes lugares. El libro empieza con datos biográficos que proporcionan un repaso de la vida mariana de san Josemaría. Después prosigue con tres capítulos trinitarios, cada uno sobre la relación de una Persona divina con la Virgen. Se procede siempre a partir de los textos originales de san Josemaría, donde se presentan los grandes misterios de la vida de María, su elección desde toda la eternidad, su concepción inmaculada, su divina maternidad, etc.

A continuación, el quinto capítulo se titula “Nuestra Madre nos lleva al trato íntimo con Dios” y aquí se desarrolla su maternidad espiritual, incluso un epígrafe es: “Santa María nos enseña a vivir como hijos de Dios”. Por tanto, pasemos ahora a algunas citas de estas páginas. Por ejemplo, después de invitarnos a acudir a Ella en las dificultades cotidianas:

Comprobamos entonces que en toda ocasión la Virgen nos acoge con la naturalidad de una Madre que ama con la intensidad de su corazón dulcísimo. “Te daré un consejo, que no me cansaré de repetir a las almas: que

⁸⁶ Ibid., 21. Echevarría sigue su exposición con más detalles de ese confiado amor a la Virgen que le llevan a Dios, de los que siempre hizo gala san Josemaría.

⁸⁷ Cf. F. DELCLAUX, *Santa María en los escritos del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer* (Rialp, Madrid 1992). A partir de la tercera edición de 2004, tras la canonización de Josemaría Escrivá en 2002, esa modificación se introdujo en el título: *Santa María en los escritos de San Josemaría Escrivá de Balaguer*. Como punto de partida podemos tomar la pregunta que se hace Delclaux al inicio sobre la vida de Escrivá: «¿Cómo adentrarse en el interior de un hijo que ha amado apasionadamente desde la infancia a su madre, y que siempre ha tenido la seguridad de que Ella le correspondía con su querer?» (ibid., 21-22).

ames con locura a la Madre de Dios, que es Madre nuestra”⁸⁸. Esta maravillosa realidad de que la Virgen es nuestra Madre, hace que al ayudarnos en lo más cotidiano de nuestra vida, Ella nos vaya conduciendo, con sencillez materna, a la gran meta de nuestra vida: la santidad⁸⁹.

Tras mencionar que a menudo los hijos acuden a sus madres de un modo interesado, sin que a ellas les importe demasiado que sea así, entiende que lo mismo debe considerarse en la Virgen, pues enseña mons. Escrivá:

Están convencidas y no les importa: por eso son madres, y su amor desinteresado percibe –en nuestro aparente egoísmo– nuestro afecto filial y nuestra confianza segura.

No pretendo –ni para mí, ni para vosotros– que nuestra devoción a Santa María se limite a estas llamadas apremiantes. Pienso –sin embargo– que no debe humillarnos, si nos ocurre eso en algún momento. Las madres no contabilizan los detalles de cariño que sus hijos les demuestran; no pesan ni miden con criterios mezquinos. Una pequeña muestra de amor la saborean como miel, y se vuelcan concediendo mucho más de lo que reciben. Si así reaccionan las madres buenas de la tierra, imaginaos lo que podremos esperar de Nuestra Madre Santa María⁹⁰.

En el siguiente capítulo, sobre “Santificar el deber cotidiano como lo hizo la Virgen”, se contiene un epígrafe dedicado a “Comportarnos como hijos de nuestra Madre”, donde se habla de culto y devoción a santa María; y otro a “Tratar a la Madre de Dios con sencillez y confianza”.

⁸⁸ J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Forja* (Rialp, Madrid 1987) n. 77.

⁸⁹ F. DELCLAUX, *Santa María en...*, cit., 123. En otro lugar, insiste: «No estás solo. –Ni tú ni yo podemos encontrarnos solos. Y menos, si vamos a Jesús por María, pues es una Madre que nunca nos abandonará» (*Forja* n. 249).

⁹⁰ AD n. 280. Reitera la misma idea poco más adelante: «Mirad: para nuestra Madre Santa María jamás dejamos de ser pequeños, porque Ella nos abre el camino hacia el Reino de los Cielos, que será dado a los que se hacen niños [Cfr. Mt XIX, 14.]. De Nuestra Señora no debemos apartarnos nunca. ¿Cómo la honraremos? Tratándola, hablándole, manifestándole nuestro cariño, ponderando en nuestro corazón las escenas de su vida en la tierra, contándole nuestras luchas, nuestros éxitos y nuestros fracasos. Descubrimos así –como si las recitáramos por vez primera– el sentido de las oraciones marianas, que se han rezado siempre en la Iglesia. ¿Qué son el *Ave Maria* y el *Angelus* sino alabanzas encendidas a la Maternidad divina? Y en el Santo Rosario –esa maravillosa devoción, que nunca me cansaré de aconsejar a todos los cristianos– pasan por nuestra cabeza y por nuestro corazón los misterios de la conducta admirable de María, que son los mismos misterios fundamentales de la fe» (*ibid.*, n. 290).

Aquí se aconseja: «El trato con nuestra Madre la Virgen ha de tener el tono de confianza y alegría de la relación de un hijo con su madre»⁹¹, y para ello puede servirnos la de cada uno con su propia madre, como hemos visto en otros textos mencionados. En concreto, el mejor modo de hacerlo es rezando el rosario como se comenta a continuación.

El capítulo séptimo se dedica a la Virgen como corredentora y contiene un apartado sobre la escena del calvario con el tema: “El Señor nos entrega a su Madre”. «La aceptación por parte de Santa María a ser Madre nuestra en la Encarnación del Verbo y su consumación en el Calvario, manifiesta su gran amor a Cristo y a cada uno de nosotros: un amor único que late en su corazón»⁹². Y cita por extenso de una homilía de *Amigos de Dios*:

De este amor la Escritura canta también con palabras encendidas: “las aguas copiosas no pudieron extinguir la caridad, ni los ríos arrastrarla” [Cant VIII, 7]. Este amor colmó siempre el Corazón de Santa María, hasta enriquecerla con entrañas de Madre para la humanidad entera. En la Virgen, el amor a Dios se confunde también con la solicitud por todos sus hijos. Debió de sufrir mucho su Corazón dulcísimo, atento, hasta los menores detalles –no tienen vino [Ioh II, 3]–, al presenciar aquella crueldad colectiva, aquel ensañamiento que fue, de parte de los verdugos, la Pasión y Muerte de Jesús. Pero María no habla. Como su Hijo, ama, calla y perdona. Esa es la fuerza del amor⁹³.

El octavo y último capítulo versa sobre “La alegría de ser hijos de la Santísima Virgen”, y se divide en tres apartados dedicados a: la resurrección de Jesús y el tema de la esperanza cristiana, la Asunción y la glorificación de María.

Además de los trabajos vistos hasta ahora, se han escrito otros artículos de variado interés para nuestro tema de la filiación mariana en san Josemaría Escrivá. El más relacionado con nuestra línea de estudio es la lección de principio de curso que José Antonio Riestra impartió en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz en octubre de 2002: “La maternità spiri-

⁹¹ F. DELCLAUX, *Santa María en...*, cit., 176.

⁹² *Ibid.*, 194. Incluso al notar uno sus insuficiencias, sabe san Josemaría dar más confianza para acudir a María: «¡Madre mía! Las madres de la tierra miran con mayor predilección al hijo más débil, al más enfermo, al más corto, al pobre lisiado...

»–¡Señora!, yo sé que tú eres más Madre que todas las madres juntas... –Y, como yo soy tu hijo... Y, como yo soy débil, y enfermo... y lisiado... y feo...» (*Forja* n. 234).

⁹³ AD n. 237.

tuale di Maria nell'esperienza mariana di san Josemaría Escrivá"⁹⁴. La razón de elección del tema se debía, obviamente, a la reciente canonización de san Josemaría, pero además destacaba el autor: «Creo que la maternidad espiritual de María ha estado siempre presente de modo particular en la vida del nuevo santo, que a Ella se ha confiado siempre filialmente a sí mismo y al desarrollo de la Obra querida por Dios a él encargada»⁹⁵.

En el artículo, después de señalar cuál pudo ser la formación mariológica que san Josemaría recibió en sus estudios como seminarista, se centra en algunos episodios de su vida donde se pone de manifiesto esa confianza filial. Sobre su intención al abordar este tema confiesa un convencimiento que compartimos plenamente:

He escogido detenerme hoy en la maternidad espiritual porque me parece que es una constante de su existencia, un aspecto de su vida espiritual que se destaca en su trato con la Virgen: el sentirse hijo de María, el recurrir a su intercesión poderosa, el abandono confiado en Ella, forman parte de una enseñanza que es ante todo vivida en primera persona. En el fondo, entiendo que sus enseñanzas marianas son fruto no solo de un profundo conocimiento de la teología mariana y espiritual, sino sobre todo de una intensísima vida interior⁹⁶.

Por la necesidad de fijarse solo en algún aspecto de esta materia, escoge tratar lo relativo a la “vida de infancia” y a su tarea como fundador del Opus Dei para obtener el reconocimiento jurídico adecuado, que es la parte en la que más se detiene, y donde aparecen sus frecuentes visitas a santuarios de la Madre de Dios solicitando esta gracia. Por todo ello concluye:

He considerado solo algún aspecto de la vida y de la experiencia espiritual de san Josemaría Escrivá. No obstante, me parece que cuanto hemos visto sea suficiente para subrayar la profunda influencia que la consideración de la maternidad espiritual de María ha tenido en su vida espiritual y en el llevar adelante durante largos decenios su misión de Fundador, en un punto tan importante como aquel de la configuración jurídica del Opus Dei⁹⁷.

⁹⁴ Cf. J. A. RIESTRA, “La maternità spirituale di Maria nell'esperienza mariana di san Josemaría Escrivá”, *Annales Theologici*, vol. XVI, num. 16/2 (2002) 473-489.

⁹⁵ *Ibid.*, 474.

⁹⁶ *Ibid.*, 478.

⁹⁷ *Ibid.*, 488.

Otro artículo sobre la materia corresponde a Arturo Blanco⁹⁸, con el siguiente planteamiento básico:

El fundamento de la devoción mariana de san Josemaría, de su sentido y necesidad, está en la fe de María como Madre de Dios y Madre de los hombres. Fundar la contemplación de María en su maternidad divina le parecía obligado para respetar la naturaleza y el orden de las cosas. (...) De ahí pasaba a contemplar su maternidad respecto a los hombres; de la contemplación estrictamente teológica y cristológica pasaba a la antropológica y existencial; de la maternidad respecto a la Cabeza a la maternidad respecto a los miembros: la Iglesia⁹⁹.

Y este autor aprecia la estrecha unión en sí de la maternidad en María, ya sea divina o sea espiritual: «El pensamiento de san Josemaría resulta especialmente significativo no por considerar una y otra, sino por contemplarlas unidas: distingue la maternidad divina de la maternidad espiritual, pero no las separa: ha unido en una sola fórmula –Madre de Dios y Madre de los hombres– esa doble relación materna de la Virgen con Dios y con nosotros»¹⁰⁰.

Blanco ve a la Virgen en las obras de mons. Escrivá de Balaguer como maestra y modelo de toda virtud, en particular como modelo singular de unidad de vida, pues actúa como principio unificante de la existencia de sus hijos, y cumple con ello gracias a su precisa actuación como Madre, realizando en el orden de la gracia lo que una madre terrena realiza en el orden de la naturaleza. En definitiva, «La Virgen es principio de unidad de vida porque enseña y ayuda a los hombres a ser hijos de Dios y a ser hermanos entre sí. Su función materna consiste en llevar a sus hijos los hom-

⁹⁸ Cf. A. BLANCO, “Madre de Dios y Madre de los hombres: Estudio de la devoción mariana de San Josemaría y de su relación con la unidad de vida”, *Romana: boletín de la Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei*, vol. XIX, num. 37 (2003) 102-130.

⁹⁹ *Ibid.*, 107. A continuación, en apoyo de tal argumento cita de san Josemaría: «La Virgen es nuestra Madre. Una verdad que he tratado de hacer mía, que he predicado de continuo y que todo católico ha oído y repetido mil veces, hasta colocarla muy en lo íntimo del corazón, y asimilarla de una manera personal y vivida. Cada cristiano puede, echando la vista hacia atrás, reconstruir la historia de sus relaciones con la Madre del Cielo. Una historia en la que hay fechas, personas y lugares concretos, favores que reconocemos como venidos de Nuestra Señora, y encuentros cargados de un especial sabor. Nos damos cuenta de que el amor que Dios nos manifiesta a través de María, tiene toda la hondura de lo divino y, a la vez, la familiaridad y el calor propios de lo humano» (J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, “Recuerdos del Pilar”, artículo publicado en *El Noticiero*, Zaragoza 11 de octubre 1970).

¹⁰⁰ A. BLANCO, “Madre de Dios y Madre de los hombres...”, *cit.*, 108.

bres a su Hijo divino, para que se reconcilien con Él y vivan unidos a Él, como hijos adoptivos del Padre y como hermanos suyos»¹⁰¹.

Acabamos esta parte de estudios con la mención somera de tres artículos más, a cargo de J. Orlandis, F. Mendoza y G. Rovira. El de José Orlandis es relativo a la relación de san Josemaría con Torreciudad¹⁰² y recorre el camino que va del episodio de su infancia a la edificación del santuario; y se detiene principalmente en sus dos visitas, una en abril de 1970 y otra en mayo de 1975. En la primera al llegar a la antigua ermita san Josemaría, se comenta: «Había preparado un libro de firmas y le pidieron que pusiera algo. “No suelo hacer esto –respondió– pero pondré una cosa. Y escribí: Madre mía y Señora mía de Torreciudad, Reina de los Ángeles, *monstra te esse Matrem* y haznos buenos hijos, hijos fieles. Torreciudad, 7 de abril de 1970»¹⁰³. La segunda fue del 23 al 26 de mayo de 1975, y mons. Escrivá pudo alojarse en el mismo santuario que estaba a punto de acabarse de construir.

El siguiente estudio mariano también alude a su tierra natal, “La devoción mariana aragonesa de san Josemaría Escrivá de Balaguer”, y está escrito por Fernando Mendoza¹⁰⁴. Se encuadra en la consideración de la Virgen como Madre nuestra. Empieza sobre la devoción a la Virgen en sí misma, las grandes verdades de fe a ella referidas; pasa a la devoción a la Virgen del Pilar y termina con su devoción a Nuestra Señora de Torreciudad.

Finalmente, el ensayo de Germán Rovira se centra en otro tema mariano: “María y el sacerdocio en la predicación de san Josemaría”¹⁰⁵, y destaca un par de ideas tomadas del fundador de la Obra: la identidad del sacerdote debe tener a la Virgen por Madre, por su misión de ser Madre de los sacerdotes, y el sacerdote como maestro de espiritualidad debe inspirarse en su trato con la Virgen.

¹⁰¹ Ibid., 119.

¹⁰² Cf. J. ORLANDIS, “El Fundador del Opus Dei y Nuestra Señora de Torreciudad”, en M. GÓMEZ LEIRA y M. GARRIDO, *Torreciudad* (Rialp, Madrid 1988) 55-67.

¹⁰³ Ibid., 65.

¹⁰⁴ Cf. F. MENDOZA, “La devoción mariana aragonesa de san Josemaría Escrivá de Balaguer”, en M. IBARRA, *Semblanzas aragonesas de San Josemaría Escrivá de Balaguer* (Patronato de Torreciudad, Torreciudad 2004) 199-224.

¹⁰⁵ Cf. G. ROVIRA, “María y el sacerdocio en la predicación de san Josemaría”, *Estudios Marianos*, LXXVII (2011) 277-298.

CONCLUSIÓN

En las páginas precedentes hemos tenido la oportunidad de comprobar la importancia que tiene en la vida y en la obra de san Josemaría Escrivá el sentido de la filiación mariana, que parte a su vez de la filiación divina.

Lo hemos podido ver, primero, en algunos episodios seleccionados de su vida, donde se ha comprobado como en circunstancias especiales acudía a la Virgen con la confianza de un hijo pequeño con su Madre, con la seguridad de que el asunto que se tratase quedaba en buenas manos, en las mejores. Este comportamiento nos lleva a considerar que no se trataba de un modo excepcional de actuar en él, sino todo lo contrario, era una práctica habitual en las situaciones más corrientes. Al mismo tiempo, era un modo de llegar al mismo Cristo e identificarse con Él, de ser hijo como lo es el Hijo.

Precisamente, este es el consejo que, en segundo lugar, se ha podido observar en sus escritos publicados, donde insiste constantemente a quienes quieran llevar una vida de oración a que se acostumbren a tratar a María como a una Madre, que verdaderamente lo es por voluntad divina. Y esto se logra de un modo sencillo, al alcance de todos, ya que consiste en emplear para querer a la Virgen el mismo corazón con el que se ama a las madres de la tierra.

Y, en tercer lugar, hemos querido dejar constancia de la alta valoración que este tema ha obtenido ya en los estudios que analizan la doctrina mariana del fundador del Opus Dei. En ellos se aprecia que, junto al lugar principal que le corresponde a María como Madre de Dios en la enseñanza mariológica de san Josemaría, a su lado debe mencionarse su maternidad espiritual, por su origen cristológico y el gran beneficio que proporciona a las almas de los fieles.

En este momento nos da la impresión de que todavía cabe añadir bastante más sobre nuestro tema. Pues, por una parte, nos consideramos cerca del objetivo buscado de subrayar la trascendencia de la materia con una abundante referencia a fuentes, de modo que el aparato bibliográfico ha consumido la mayor parte del espacio a nuestra disposición. Por otra parte, con este acopio de material se hace muy atractiva la tarea de continuar extrayendo las consideraciones teológicas de la cuestión, con un análisis más sistemático de los principios de la filiación mariana en san Josemaría Escrivá, de los que procede todo lo que hemos visto. De modo que, en estos momentos, se puede decir que contamos con una bibliografía comentada y nos queda pendiente desarrollar algo más el estudio teológico de esta realidad, y confiamos podernos ocupar de ello en una próxima ocasión con la ayuda de Dios y de nuestra Madre santa María.